

José María Monzón

La abolición de la conciencia moral

Introducción

Quizás el título de este trabajo resulte familiar a quienes han leído la obra de Lewis La abolición del hombre publicada en 1944, escrita sin que haya tenido conocimiento de todo lo que se revelará al finalizar la II Guerra Mundial. Empero, esto no modifica lo esencial de su libro porque las cuestiones analizadas poseen la actualidad suficiente para comprender el denominado proyecto secularizador que se desarrolla desde el siglo XVIII, se consolida en sus aspectos principales en el siglo XIX, en particular, por influencia de la III República Francesa, y se afirma en el siglo pasado. Un proyecto que según Ma. Dolores Ramos “impregnó la ciencia, la filosofía, la moral, el léxico, las instituciones, el sistema de representaciones, las relaciones sociales de género, los conceptos de feminidad y virilidad, las propuestas feministas”, modelando la escuela pública que pasó a ser obligatoria, gratuita y laica, creando “las condiciones de emancipación social, cultural y moral de las generaciones futuras”, haciendo de la III República Francesa “el modelo político a seguir para las fuerzas republicanas de diferentes países europeos e iberoamericanos”.

Y ¿cuál fue su finalidad? Construir un nuevo orden social sin el concurso de la religión, y en particular, contra el catolicismo y contra la Iglesia; una tarea en la que confluyeron: el liberalismo económico, el positivismo, y los socialismos, entre otras corrientes, y que se hará –básicamente- por medio de la educación; una educación que se ha globalizado y en la cual tiene fuerte influencia el imperialismo cultural, un hecho señalado hace décadas por Ratzinger, que impulsa por un lado, la re-creación de la naturaleza humana y de la sociedad, la que justifica y difunde por medio de los centros de investigación y de algunas universidades, y por otro, otorga un gran peso a la inteligencia artificial en el diseño de un nuevo mundo. De ahí el proyecto Educación 4.0 del Foro Económico Mundial de 2020 que destaca la necesidad de elaborar una educación en habilidades (tecnológicas, de innovación y creatividad, e interpersonales), accesible e inclusiva, basada en problemas, con un aprendizaje personalizado y al propio ritmo, y permanente, en función de una ciudadanía global. Esto muestra que la educación es un problema central en la sociedad actual, tal como lo previó Lewis. Y este es el tema al cual me dedicaré en este trabajo porque en razón

de sus contenidos y de sus fines actuales conduce a la abolición de la moral. En consecuencia, a fin de analizar esta transformación cultural investigaremos primero sus orígenes; seguidamente, sus elementos principales: el individualismo ético, el cientificismo, y el denominado nuevo ateísmo, y concluiremos con algunas respuestas a estas cuestiones.

Los orígenes intelectuales del proyecto secularizador

Para comenzar señalamos que el proyecto secularizador no tiene por finalidad la abolición de la moral, sino la de desmontar lo que conocemos como moralidad objetiva, para sustituirla por el individualismo ético que afirma a cada persona como un legislador. Por este camino se crean nuevos valores. O lo que hoy se conoce como valores tecnófilos, que son concebidos y difundidos por una élite intelectual por medio de la educación, donde no hay espacio para la enseñanza ni de las humanidades ni de las virtudes, lo que demuestra el poder de unos hombres sobre otros, anota Lewis, poder que detenta una élite transnacional.

Por consiguiente, sin los contenidos clásicos en la educación, silenciada la enseñanza de las virtudes, la finalidad será educar para la ciencia o para la democracia o para la excelencia. No existe interés por buscar la verdad, lo que contradice el orden del universo creado por Dios, “el que se constituye mediante la comunicación de la verdad en virtud de la iluminación de unas creaturas racionales sobre otras”, sostienen Amado Fernández y Letelier Widow comentando a Sto. Tomás. En este marco, la educación se dirige a consolidar la preeminencia de la ciencia, consecuencia previsible de la consolidación de la autonomía de la persona en el plano del conocimiento, y continuación de la tradición baconiana, y a relativizar la moral, sin una dictadura celestial que indique lo bueno y lo malo, como escribe Hitchens.

Sin embargo, el problema mayor son sus presupuestos ontológicos: la re-significación de la noción de persona que varias corrientes filosóficas contemporáneas resignifican, por caso, el animalismo y el antiespecismo, y la re-creación del concepto de naturaleza humana, por cuanto por cuanto se considera que esos conceptos son constructos sociales. Sobre esta base se elaboran los nuevos modelos educativos que deben adoptarse bajo pena de silenciar o desvalorizar la disidencia. Estamos ante la pretensión de construir un mundo que aunque

“estructuralmente aleatorio” no dependa de que “exista algún Otro que pueda salvarnos sin que nosotros tengamos que comprometernos”, sustenta Flores D’Arcais. Son los nuevos valores que sustituyen a los que nos dieron la cultura que ahora se busca destruir. Veamos seguidamente cada uno de los elementos de este proyecto.

El individualismo ético

El individualismo ético ha sido investigado de manera exhaustiva y profunda, y dentro de los temas analizados interesa examinar ahora las premisas de Lutero. Porque su teología contiene un elemento esencial para la moderna construcción del intelectualismo ético: la libre interpretación de la Biblia, que permite –según Mateo-Seco- que la subjetividad se convierta “en el punto de partida hermenéutico de toda la revelación cristiana”; “La primera forma del inmanentismo moderno es el voluntarismo luterano”, anota Prieto López; así se logra “la independencia del conocimiento respecto de las cosas y del origen sensible de nuestras ideas (que) producirán irremediablemente el cisma entre la inteligencia y el ente”.

Pero esa autonomía se irá ampliando. De la interpretación del texto sagrado se pasa a la libre interpretación de las normas morales, en la medida que ya no se reconoce ninguna autoridad externa, y menos la que provenga de la Iglesia. El resultado de esto es que la persona se constituye en legislador soberano que decide qué es lo bueno y qué es lo bueno. En palabras de Mateo-Seco: la posición luterana se convierte en fuente para Kant, Hegel, Feuerbach y Marx, quienes “deben más de lo que quizás son conscientes, y mucho más de lo que normalmente se supone, a este fraile agustino del siglo XVI”.

Y esto se refleja en la educación, de lo cual es un ejemplo el siguiente párrafo de ESI titulado Educación sexual integral: Guía básica para trabajar en la escuela y en la familia de 2020 que dice lo siguiente: “las y los adolescentes no necesitan la ESI para satisfacer su curiosidad ni tener sus primeras incursiones en el campo sexual. En cambio, necesitan la ESI para que las relaciones sexuales que mantienen sean consentidas, cuidadas, seguras. Para poder decir que no es no. Para saber que el momento de iniciar sus relaciones sexuales es cuando se sienten listas o listos para hacerlo, más allá de lo que hagan o dejen de hacer sus amigas y amigos. Para conocer su derecho a acceder a métodos anticonceptivos

gratuitos, aun sin la autorización de sus padres o tutores”. Es así como la ESI, como otros ejemplos de textos de uso en la educación actual, muestran el valor que tiene la soberanía de la persona para determinar lo bueno y lo malo. Es un individualismo que requiere negar a Dios, porque según Flores D’Arcais “dos soberanías no pueden convivir en un mismo universo”, una opinión que fundamenta al denominado nuevo ateísmo, el que se asienta en la ciencia moderna.

El cientificismo

Con relación a este tema conviene notar que desde el siglo XIX la educación se centró en formar ciudadanos democráticos y en dotar a los educandos de un conocimiento basado en las ciencias, o actualmente fundado en las modernas tecnologías. Este cambio de escenario favorece el rol del científico, lo cual, en principio, es bueno; sin embargo, por obra de la tradición baconiana se sobrevalora a la ciencia; una aspiración que remite a Condorcet para quien “Los progresos de las ciencias aseguran los del arte de instruir, que a su vez aceleran luego los de las ciencias; y esta influencia recíproca, cuya acción se renueva incesantemente, debe colocarse entre el número de las causas más activas y más poderosas del perfeccionamiento de la especie humana”.

El mayor inconveniente de esta concepción es que el hombre cree que tiene poder sobre la naturaleza cuando, en realidad, es que unos hombres utilizan la naturaleza como instrumento para dominar a otros, afirma Lewis. Es lo que se manifiestan las tecno-utopías que para algunos investigadores fomentan los valores de la denominada ideología de Silicon Valley y los del transhumanismo, siendo su fuente filosófica el materialismo científico, que para Bunge es “la ontología de la ciencia y de la técnica (...) es la fuerza filosófica que ha impelido algunas revoluciones científicas tales como la física atómica y nuclear, la biología evolucionista, la teoría química de la herencia, el estudio científico del origen de la vida, la fisiología de la mente y los avances más recientes de la paleoantropología y de la historiografía”. En resumen, sin negar los logros beneficiosos de la ciencia corresponde notar que desde esta perspectiva Dios es un obstáculo para la libre investigación científica. Por eso, opina Hitchens que “Todos los intentos de reconciliar la fe con la ciencia y la razón están llamados a fracasar y a quedar en ridículo”.

Bajo este punto de vista se conforman los contenidos y los fines de la educación. Por eso, ahora “no se define desde los conocimientos disciplinares, pedagógicos y didácticos del maestro, sino que se define externamente, desde comunidades académicas especializadas, que determinan qué enseñar, con método único, con el ánimo de formar para la ciencia, desde la ciencia”, señalan Chaurra y Arboleda. De ahí que el método científico sea considerado como el único manera válida de conocer, y que “la verdad está en la ciencia verdadera, es decir, en la ciencia positiva”. En este marco, se “sobredimensiona el trabajo científico, la objetividad y la idea de progreso ilimitado a partir del desarrollo de la ciencia y la tecnología”. En este contexto ¿hay lugar para la ética?

La respuesta más reciente la brinda el transhumanismo que se presenta –según Bostrom– como “una alternativa positiva a este enfoque de “prohibición de lo nuevo” para hacer frente a un mundo cambiante. En lugar de rechazar las oportunidades sin precedentes que se ofrecen, nos invita a aprovecharlas tan vigorosamente como podamos”. Esto posibilita hablar de valores tecnófilos, nuevos valores que sustituyen a aquellos que se juzga son impedimentos para el progreso de la humanidad. De este modo, “se impone en todos los campos del saber un modelo encarnado por la física-matemática y un status de “cientificidad” ligado al método experimental y cuantitativo: en un retorno de los ideales de la Ilustración” nota Millán Gasca. Es la “confianza en los números”, dice Theodore Porter.

El ateísmo moderno

Por último, ¿cómo se relaciona lo expuesto con el ateísmo moderno? Al respecto Onfray en su Tratado de ateología (2005) describe la clave para entender las modernas posturas ateas: “El ateísmo no es una terapia, sino salud mental recuperada”. Desde este punto de vista restaurar el ateísmo es una tarea ineludible para el bienestar de la humanidad, por cuanto ayuda a afirmar la autonomía personal, y le permite al ser humano construir su propio orden moral sin una tutela externa, ya que al evaluar la historia de la humanidad, le confirma la innecesaridad de creer en un Dios que no es ni omnipotente ni bueno ni justo. Porque Dios no hizo cesar los males de la humanidad. Entonces, sigue vigente la paradoja de Epicuro: “¿Es que quiere evitar el mal y es incapaz de hacerlo? Entonces, es que es impotente. ¿Es

que puede, pero no quiere? Entonces es malévolos. ¿Es que quiere y puede? Entonces, ¿de dónde proviene el mal?”.

Para el mundo contemporáneo la paradoja se resuelve colocando a Dios en el banquillo de los acusados, responde Lewis, lo que se justifica apelando a la memoria de lo acontecido durante la II Guerra Mundial, así como de sus consecuencias posteriores. Es lo que Lewis expone en un artículo de 1948 titulado Dios en el banquillo: existe una idea difundida ampliamente: mientras el hombre en el mundo antiguo se acercaba Dios como un acusado ante un juez, hoy en día los papeles se han invertido, es el hombre quien sienta Dios en el banquillo de los acusados, lo que implica que Dios debe demostrar su inocencia frente a la guerra, la pobreza y la enfermedad, o cualquier otro mal.

Pero este cuestionamiento conlleva otro no menos importante: Dios no puede ser la fuente de la moralidad. En palabras de Onfray: “la negación de Dios no es un fin, sino un medio para alcanzar la ética poscristiana o francamente laica”. Sobre esta premisa el hombre afirma su libertad, sobre lo cual Feuerbach escribe: “Con la libertad de Dios rima sólo la esclavitud del hombre, por el contrario, si yo soy libre, lo soy ante todo también de Dios”. Sobre estos principios, el ser humano crea nuevos valores y obliga a aceptarlos, como expone otro párrafo del texto de ESI citado: “En definitiva, la escuela “se mete” con tus hijos, y trabaja a la par de las familias, porque para eso está”.

5. Una respuesta a los postulados del imperialismo cultural

A lo largo de este breve trabajo expusimos cómo el proyecto secularizador condujo a la abolición de la moral por medio de la educación, lo que indica la importancia de la educación para Lewis y para toda una tradición filosófica. Pero acerca de esto existe un dato poco atendido: la relación entre fe y ética, de donde se deduce que a una crisis de la ética le precede una crisis de la fe. Y las razones que fundamentan esta explicación se encuentran en la obra de Sto. Tomás y en el magisterio de la Iglesia, a las cuales nos remitimos seguidamente.

Una aproximación inicial a la Suma Teológica muestra que el orden y la jerarquía de las cuestiones analizadas en la Primera Parte son las que al proyecto secularizador le importa discutir pero sin atender a las respuestas que aportan Sto. Tomás y el magisterio de la Iglesia.

En primer lugar, la existencia del individualismo ético no sorprende, se lo encuentra en la historia del cristianismo cuando se estudian diversas herejías y sus consecuencias morales, por ejemplo, en el jansenismo. Por consiguiente, a toda crisis le precede una crisis de fe. Sobre esto S. Juan Pablo II en *Veritatis Splendor* escribe: “Está también difundida la opinión que pone en duda el nexo intrínseco e indivisible entre fe y moral, como si sólo en relación con la fe se debieran decidir la pertenencia a la Iglesia y su unidad interna, mientras que se podría tolerar en el ámbito moral un pluralismo de opiniones y de comportamientos, dejados al juicio de la conciencia subjetiva individual o a la diversidad de condiciones sociales y culturales” (nº4).

Segundo, se podría decir además que en esto existe un problema de autoridad que termina, en su forma más radical, por debatir la autoridad de Dios que, en el fondo, es lo que hacen los primeros padres: ¿por qué no podemos determinar qué es lo bueno y qué es lo malo? Una pregunta que se repite desde hace siglos bajo diferentes formas, y en la cual convergen: el individualismo ético que hace de cada persona un legislador soberano, el cientificismo que entroniza a la ciencia y hace del científico un creador sin límites, y el ateísmo que corona todo lo anterior al colocar al hombre en el lugar de Dios. Desde esta perspectiva todas estas corrientes intelectuales y otras afines construyen el proyecto secularizador cuya finalidad es construir un mundo sin males; por cierto, una finalidad loable pero imposible para el ser humano. Al decir de Lewis: el hombre no puede crear nuevos valores como tampoco puede crear nuevos colores primarios o el cielo o el sol. Son cosas que están fuera de su poder. Y en sentido estricto, siguiendo a Sto. Tomás, tampoco puede crear.

Tercero, lo que se logra es “descuidar el hecho de que la razón misma, movida a indagar de forma unilateral sobre el hombre como sujeto, parece haber olvidado que éste está también

llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende. Sin esta referencia, cada uno queda a merced del arbitrio y su condición de persona acaba por ser valorada con criterios pragmáticos basados esencialmente en el dato experimental, en el convencimiento erróneo de que todo debe ser dominado por la técnica”, avisa S. Juan Pablo II en *Fides et Ratio* n°4.

Luego, ante una posible situación de desesperanza por parte de los cristianos, Sto. Tomás aclara: “Dios, por ser el bien sumo, de ninguna manera permitiría que hubiera algún tipo de mal en sus obras, a no ser que, por ser omnipotente y bueno, del mal sacara un bien” (I, q.1, a.3, ad.1). Por eso, aconseja S. Juan Pablo II en *Veritatis Splendor* “Se pide a todos gran vigilancia para no dejarse contagiar por la actitud farisaica, que pretende eliminar la conciencia del propio límite y del propio pecado, y que hoy se manifiesta particularmente con el intento de adaptar la norma moral a las propias capacidades y a los propios intereses, e incluso con el rechazo del concepto mismo de norma” (n°105). Sin embargo, esto también debe servir para aprender meditando en el corazón muchas cosas imperfectamente realizadas u olvidadas en el transcurso de la historia de la Iglesia, recuerda von Balthasar.

En función de esto la educación se debe reformular para dirigirse a la formación de la conciencia, “el núcleo más íntimo y secreto del hombre”, porque “Allí se determina él por el bien o por el mal; allí escoge él entre el camino de la victoria o el de la derrota. Aunque lo quisiera alguna vez, el hombre no lograría quitársela de encima; con ella, ora apruebe o desapruebe, recorrerá todo el camino de la vida, y con ella también, como verdadero e incorruptible testigo, se presentará ante el juicio de Dios”, recuerda Pío XII en su Radiomensaje sobre la conciencia y la moral. La familia (n°3) de 1952. Y concluyo haciendo mías estas palabras de Pío XII: “Que el vigor de la sana educación se revele por su fecundidad en todos los pueblos, que se angustian por el porvenir de su juventud” (n°18).